

DISNEY

El extraño mundo de Jack

El lamento de Sally

UN GIRO INESPERADO

MARI MANCUSI



Planeta

El lamento de Sally

UN GIRO INESPERADO

MARI MANCUSI

 Planeta

Capítulo uno

Sally estaba pasando una noche magnífica.

Pero era de esperarse; ella siempre se la pasaba bien en Halloween. Después de todo, era la época más maravillosa del año: una noche llena de espantos que aparecían en cada esquina. Había puestos repletos de guisos lodosos e infestados de babosas. Cada espíritu maligno y cada pesadilla que pudieras imaginar —e incluso algunos que trascendían la imaginación— se reunían para bailar en las calles e intentaban superar los sustos de los demás con sus propias peroratas terroríficas.

Durante trescientos sesenta y cuatro días del año, la aldea de Halloween se preparaba para esa noche y, el 31 de octubre, todos ponían en marcha una horripilante fiesta que garantizaba espantar hasta al más valiente de los demonios. Era un espectáculo glorioso, tanto cruento como sombrío, y los organizadores no solo eran espeluznantes, sino muy creativos. El Payaso que te Hace Llorar, los fantasmas gimientes, brujas, vampiros, zombis, monstruos marinos... ¡y lo que se te ocurra! El pueblo de Sally tenía de todo y en Halloween lo presumía.

Sally disfrutaba cada segundo de la fiesta, aunque no tenía permitido asistir.

Alzó la mirada hacia la ventana de su dormitorio y se preguntó si el Dr. Finkelstein seguiría dormido. Esa noche, implementó su propia estrategia de “dulce o truco”, al sazonar la sopa del doctor con un poco de belladona letal, cortada de su propio jardín de hierbas a las afueras del pueblo. Pero debes saber que aquella planta no era realmente mortífera. Sally no era esa clase de muñeca. Si se administraba de forma correcta, la belladona solo pondría a dormir al científico durante un tiempo muy largo: el tiempo suficiente para que ella se escabullera del laboratorio y participara en la celebración. Eso era algo que, de haber estado consciente, el Dr. Finkelstein nunca le hubiera permitido.

Sally suspiró. Decir que el doctor la sobreprotegía sería quedarse corto. Es cierto que ella era su creación, una muñeca de trapo que cobró vida en sus manos, y siempre le estaría agradecida por ello. Sin embargo, nunca entendería por qué le había dado vida solo para impedirle que la disfrutara de verdad. Siempre era «demasiado joven» o «no estaba lista» para hacerlo. Y todo el tiempo le decía:

—Es mejor que te quedes en tu habitación. Ahí estarás a salvo.

¿A salvo de qué? Sally no tenía ni la menor idea. Cuando le preguntaba, el Dr. Finkelstein recitaba todo tipo de tonterías, usando rebuscadas palabras que sonaban muy impresionantes... hasta que te dabas cuenta de que ninguna tenía sentido. Sin importar cuál fuera la razón, al final, el veredicto siempre era el mismo.

No habría Halloween para Sally. Ni ahora, ni nunca.

Sally intentó convencerse de que no era para tanto. Después de todo, ella tenía otros intereses: ayudaba al Dr. Finkelstein con sus experimentos de laboratorio; leía los libros de la biblioteca, devorando todo lo que encontrara sobre botánica y, además, se había vuelto tan hábil en mezclar pociones que ya casi nunca causaba una explosión accidental. Incluso se enseñó a coser y se confeccionó el vestido más bonito hecho de retazos de tela que encontró en el basurero detrás de la tienda de disfraces. Lo traía puesto ahora y, de hecho, al menos una docena de monstruos la felicitaron por lo encantadoramente espeluznante que se veía, lo cual la hizo sonreír con orgullo.

Aunque todo parecía estar de lo mejor, en el fondo, ella seguía anhelando algo más: no quería solo mirar la fiesta ese último día de octubre, sino que deseaba participar en ella. Su apariencia no era terrorífica en sí, al menos no a primera vista. No tenía serpientes en lugar de dedos ni un solo ojo como los cíclopes. Era una simple muñeca de trapo, rellena de hojas secas y cosida toscamente con grueso hilo negro.

Sin embargo, estaba segura de que sería capaz de contribuir con algo importante. Por ejemplo, crear disfraces más espantosos para quienes participaban en una de las muchas competencias o mezclar algunas pociones. Todo el mundo sabía que las pociones adecuadas podían lograr que Halloween fuera un éxito o un fracaso, y si eso no bastaba... bueno, siempre podía usar la cabeza. ¿Qué podía ser más horroroso que una muñeca espeluznante con la cabeza desprendida?

En pocas palabras, sería genial en Halloween si tan solo tuviera la oportunidad. No obstante, cada vez que trataba de

convencer al Dr. Finkelstein, él se negaba a ceder y un año más le prohibía participar en la fiesta.

Eso bastaba para que una muñeca de trapo quisiera arrancarse los hilos.

De pronto, se escucharon gritos que agredieron sus oídos, seguidos de un resplandor que la hizo desviar la mirada de la ventana del laboratorio. Sally giró y, con gran emoción, contuvo el aliento al darse cuenta de lo que venía.

Lo que venía era *alguien*.

El pulso se le aceleró. Las costuras en su piel de trapo se erizaron. Entrelazó las manos sobre su corazón y sus labios pintados de rojo se curvaron en una sonrisa entusiasta. Había llegado el momento. Este era el aterrador final: la mejor parte de todo Halloween.

Jack Esqueleton —el Rey Calabaza— estaba llegando.

El escándalo de la multitud se intensificó hasta volverse casi ensordecedor. Todos empezaron a correr hacia la plaza del pueblo. Con gran entusiasmo, Sally salió de entre las sombras y pronto la multitud la arrastró. Reía encantada y gritaba junto con los demás.

Y allí estaba él: un espantapájaros con cabeza de calabaza que surgía de la noche oscura. Montaba gallardo un caballo hecho de heno, guiado por una bestia enorme.

—¡Ya llegó! —gritó el Niño Cadáver, aplaudiendo con felicidad.

—¡Se ve fabuloso! —exclamó su amigo, el Chico Momia, con su único ojo visible abierto como un plato mientras se aseguraba una venda suelta sobre el hombro—. ¡Se ve tan genial!

—Se ve *aterrador* —declararon dos brujas, que suspiraron al unísono con ensoñación al verlo acercarse. Sally sospechaba que las dos señoras estaban un poco enamoradas de Jack y no podía juzgarlas por ello.

Sally siempre había admirado a Jack a la distancia, incluso desde la primera vez que lo vio dando un discurso en la plaza del pueblo sobre la importancia de añadir jugo fétido al hielo seco para aumentar su efecto siniestro. Había demostrado tanta confianza y se ganó a la multitud con tal facilidad que, cuando terminó, todos aplaudieron con mucho entusiasmo, como si hubiera hecho un milagro en lugar de simplemente proponer que el humo oliera mal. Era algo que Sally podría haber hecho con una mano en la cintura... si se lo hubieran permitido.

Jack gozaba de toda la libertad que ella no tenía y le sacaba provecho a esa (por así decirlo) ventaja. Sin nada que limitara sus acciones, lo hacía todo. Reunía a todas las criaturas bajo su horripilante resplandor sin esfuerzo alguno. En cada Halloween, las inspiraba a ser versiones más grandes, mejores y más terroríficas de sí mismas. Era independiente y seguro de sí mismo. Era el Rey Calabaza y podía hacer lo que quisiera. Mientras tanto, Sally no podía hacer nada.

El alcalde aplaudió y eso atrajo su atención de nuevo a la plaza del pueblo. Él giró la cabeza para mostrar un rostro con una amplia sonrisa.

—¡Retírense! —gritó y agitó las manos hacia la multitud de criaturas emocionadas—. ¡Háganle espacio!

Con renuencia, los habitantes se alejaron un par de centímetros: apenas lo suficiente para que Jack y su caballo fueran conducidos a la plaza del pueblo. Cuando Sally vio al rey tomar una

antorcha encendida que le dio un voluntario entusiasta, sintió revolotear las hojas de su estómago. Con una expresión de triunfo, Jack levantó la antorcha y la agitó en el aire hacia la multitud, para luego proceder a incendiarse a sí mismo.

Los ojos de Sally se le salieron de las cuencas. «¡Vaya!». ¡Eso era nuevo!

Ella observó todo con evidente fascinación, aunque también con un poco de miedo, pues el fuego se dispersó con rapidez y encendió el heno seco, provocando que las llamas y el humo se elevaran en el aire. La multitud gritó encantada y aplaudió con emoción. Las brujas le lanzaron besos a Jack. Lock, Shock y Barrell, los tres niños enmascarados que pedían dulces, saltaron de alegría.

Jack, ahora envuelto en llamas, saltó de su caballo y empezó a cantar y bailar, montando un gran espectáculo a pesar de estar en llamas. Sally aplaudió junto con todos los demás, pero en su interior tenía los nervios de punta. ¿Podría Jack apagar las llamas a tiempo, antes de que el heno se redujera a cenizas y sus huesos se chamuscaran?

Sin embargo, Jack nunca se inmutó. Al terminar su canción, se echó un clavado con tirabuzón hacia la fuente llena de una sustancia verde y viscosa en el centro de la plaza del pueblo. Ahí, las llamas se apagaron. Un momento después, apareció en todo su esquelético esplendor. La cabeza de calabaza había desaparecido y ahora, en su lugar, había un cráneo blanco perfectamente formado, con enormes cuencas huecas y una sonrisa aún más grande que atravesaba todo su huesudo rostro.

La multitud enloqueció. Sally saltó varias veces con mucha emoción.

«Ay, Jack», pensó. «Eres verdaderamente grandioso».

De un salto, Jack brotó de la fuente e hizo una reverencia teatral. Sally fue empujada al fondo de la plaza por quienes se apresuraron a congregarse al frente para felicitarlo a él —y a sí mismos— por otro exitoso Halloween. Sally los dejó pasar y se conformó con permanecer al margen para observar el final, sintiéndose orgullosa pero también un poco melancólica. Todos se veían muy felices y, bueno, debían estarlo; esa fue una noche tremendamente terrorífica.

Solo le habría gustado poder participar más en todo aquello.

—Los felicito a todos por un estupendo Halloween —declaró el alcalde y le dio a Jack una palmadita en la espalda.

—Creo que ha sido el más horroroso hasta la fecha —coincidió Jack, quien saltó con elegancia desde la fuente hasta el empedrado de la plaza. Sus ojos recorrieron la multitud que lo idolatraba, llenándose de júbilo.

«¿Cómo se sentirá que te adoren tanto?», se preguntó Sally. «Que te necesiten tanto debe ser la sensación más maravillosa del mundo».

De pronto, sintió un fuerte tirón en la muñeca. Giró y su expresión de felicidad se esfumó al descubrir que era el Dr. Finkelstein en persona, quien la miraba furioso desde su silla de ruedas. Sus uñas mal cortadas se encajaron en su tela y ella hizo un gesto de dolor.

—La belladona letal que pusiste en mi bebida ya perdió efecto, Sally —gruñó.

Sally se encogió de miedo. Estaba muy segura de que la dosis que le dio iba a durar toda la noche, pero quizá su tolerancia aumentó por todas las veces que se la había administrado en el

pasado. Tendría que volver a consultar sus libros para recalcularla su fórmula la próxima vez.

Sin embargo, eso no le serviría de nada en ese momento.

—¡Suélteme! —gritó Sally, intentando liberar su mano, pero el Dr. Finkelstein negó con la cabeza y la apretó más fuerte.

—¡No estás lista para sentir emociones tan intensas!

—¡Sí lo estoy! —gritó ella, sorprendida de su propia audacia. ¿Desde cuándo le respondía así a su creador? Nunca le sirvió de nada y siempre le acarreó más castigos.

Por un instante se preguntó si debía disculparse, ser una niña buena y seguirlo dócilmente de regreso a casa. De todas formas, la noche había terminado. Pudo asistir a la fiesta de Halloween. ¿No era eso suficiente? ¿No debería conformarse con volver a la realidad, por funesta que pudiera ser?

Pero miró a Jack y al resto de las personas del pueblo, quienes seguían disfrutando sin preocupación alguna. Entonces, en su interior se encendió una chispa de enojo que rápidamente comenzó a arder tanto como las llamas que habían envuelto a Jack momentos antes.

Esto no estaba bien. No era justo. ¿Por qué tenía que sufrir mientras los demás celebraban?

—¡Vamos, Sally! Vámonos a casa —rugió el Dr. Finkelstein y luego empezó a conducir su silla de ruedas hacia el laboratorio, apretándole aún más la muñeca.

Sally encajó los tacos en la tierra, resistiéndose a los tirones del doctor. Él respondió frunciendo el ceño y volvió a tirar de ella con más fuerza... con tanta fuerza que Sally sintió que las costuras se le tensaban. Se mordió el labio inferior, preocupada. Si seguía tirando de ella así, la iba a descoser.

¿Y en realidad sería eso tan malo?

Sally observó su brazo y una idea impactante se formó en su mente.

No. No sería capaz.

—¡Tú vienes conmigo! —repitió el Dr. Finkelstein con furia.

Pero... ¿por qué no hacerlo? Él ya estaba enojado. Ya estaba planeando castigarla por lo que hizo. Podría regresar con él y enfrentar el castigo en ese momento... o podía posponer lo inevitable un poco más y encontrar la forma de disfrutar el resto de la noche de Halloween.

De pronto, sintió que la decisión era fácil.

Sally lo miró a los ojos.

—¡No lo haré! —respondió con voz firme. Entonces, se inclinó y rasgó con la uña uno de los hilos de su brazo para des-coserlo. Un momento después, el brazo se desprendió con tal fuerza de su cuerpo que el Dr. Finkelstein salió volando hacia el frente y su silla de ruedas se volcó.

—Regresa, tonta... —gritó él, iracundo.

Pero Sally no se quedó a escuchar el resto y corrió en dirección contraria con tanta rapidez como se lo permitieron sus piernas rellenas de hojas.

La euforia empezó a crecer en su interior mientras corría y, de pronto, sintió ganas de reír, aunque el miedo amenazaba con ahogarla. ¿Qué había hecho? ¿Cómo la castigaría el Dr. Finkelstein por esta afrenta?

Sally se sacudió esos pensamientos. ¿A quién le importaba, por lo menos en ese momento? El daño estaba hecho y después lidiaría con las consecuencias. Por ahora, era libre, completamente libre, y nada menos que en la noche de

Halloween. Tenía la libertad de hacer lo que quisiera, igual que todos los demás.

Las posibilidades hicieron que la cabeza le diera vueltas y una sensación de vértigo creció dentro de sí.

¡Esta sería la mejor noche de su vida!

Con el corazón desbocado, echó un vistazo al pueblo. ¿Debería pedir dulces de puerta en puerta? ¿Debería soltarse el cabello bailando en la fiesta de la plaza del pueblo? Tal vez, incluso, podría ir a felicitar a Jack por un trabajo bien hecho, como hacían los demás. A final de cuentas, nunca le había dicho cuánto admiraba su trabajo.

Aunque todas esas opciones eran tentadoras, Sally se dio cuenta de que no había urgencia por hacerlas. Después de todo, tenía toda la noche por delante y debía hacer algo imprescindible. Se le había acabado toda la belladona letal para poner a dormir al Dr. Finkelstein y eso significaba que debía reabastecerse. Al fin y al cabo, a partir de ese momento, quedaría atrapada en el laboratorio sin esperanzas de escapar en el futuro.

«Solo me llevará un minuto», se dijo. «Luego puedo volver y reintegrarme a la fiesta».

Con la decisión tomada, cambió de dirección y se encaminó a los límites del pueblo. Sus pasos tenían una energía especial, como si las hojas de su relleno se agitaran con la tranquila brisa otoñal. No obstante, en su corazón sabía que no era el viento lo que la hacía sentir tan ligera.

Era su libertad recién encontrada.

«Si tan solo fuera así siempre», meditó, y aquella idea la hizo sentirse un poco triste, pero luego se la quitó de la mente.

Ya habría tiempo de lamentarse más tarde. Esa noche era libre y necesitaba sacarle el mayor provecho.

Pasó bajo los arcos hacia el cementerio y un suspiro de satisfacción escapó de su boca. Le encantaba ir allí; siempre sentía una paz profunda entre las lápidas, las hierbas y los gatos salvajes que deambulaban por las tumbas cazando ratones de campo y arañas. Aunque técnicamente era un lugar para los muertos, estar allí siempre la hacía sentir como si hubiera renacido.

Sally llegó a su huerta favorita de hierbas malas y se arrodilló para recolectar un manojo, tomándose un momento para acariciar al escuálido gato negro que pasó frente a ella y a quien le deseó un feliz Halloween. Había un montón de plantas nuevas de belladona, notó con alegría mientras examinaba el paraíso. Podría juntar suficiente para mantener dormido al Dr. Finkelstein durante un largo tiempo.

Sin embargo, justo cuando estiró la mano para arrancar la primera planta, escuchó un ruido detrás. La sorpresa la hizo saltar y, de inmediato, pensó en el doctor. ¿La había seguido? ¿Había enviado a Igor, su ayudante, para llevarla de vuelta? Preocupada, se escondió detrás de una lápida cercana para ocultarse, en el preciso instante en que una figura se hizo visible bajo la luz de la luna llena.

Ante la sorpresa, sus ojos se abrieron como platos. No era, en absoluto, el Dr. Finkelstein. Era el mismísimo Jack Esqueleton.

Cuando el Rey Calabaza entró al cementerio, Sally lo observó desde las sombras. Estaba demasiado sorprendida como para moverse. Se preguntó qué estaría haciendo allí

completamente solo, sin ninguno de los emocionados demonios que siempre lo seguían. Por lo general, Jack permanecía en la fiesta hasta el amanecer, bailando y celebrando con sus amigos. ¿Cuántas veces los había visto con envidia desde la ventana de su habitación, deseando poder ser tan feliz y despreocupada como él?

Sin embargo, no parecía feliz en ese momento. Sally se dio cuenta al observar que sus pasos, generalmente confiados, empezaban a ralentizarse. Mientras andaba con su redonda cabeza inclinada, no daba la apariencia de sentirse libre.

«Tal vez solo está cansado», se dijo Sally. «Ha sido una noche bastante intensa y ese truco con el fuego no debió haber sido sencillo».

Pero... no se veía cansado, ¿o sí?

Se veía triste. Muy triste.

Sally frunció el ceño al preguntarse por qué Jack Esqueleton se sentiría deprimido, y nada menos que durante la noche de Halloween. ¡Él tenía todo lo que podría desear! ¡Además, la fiesta había salido sin el más mínimo error! Debería estar vanagloriándose y festejando su duro trabajo.

En cambio, parecía que estaba a punto de llorar.

Ella lo vio acercarse a una pequeña lápida que tenía labrada la palabra ZERO. Jack se dio unos golpecitos en la pierna con sus esqueléticos dedos y, para gran placer de Sally, un adorable perro fantasma salió de la tierra y flotó en el aire, con la lengua translúcida colgándole fuera del hocico. Él tocó juguetonamente la nariz del perro (cuya punta era una linterna de Halloween) y, por un instante, apareció un asomo de alegría en sus ojos. Sin embargo, esta se disipó tan rápido como había brotado; el

esqueleto inclinó su cuerpo larguirucho sobre la estatua cercana de una gárgola, soltando un suspiro. Zero dio unos ladriditos y empezó a dar vueltas alrededor de la gárgola como si tratara de alegrar a su amo, pero Jack solo negó con la cabeza.

—Ay, Zero —dijo—. No entiendes.

Su mirada pareció perderse en el cementerio y Sally se agachó con rapidez detrás de la lápida, pues no quería que la descubriera mirándolo. Era evidente que Jack había venido porque quería estar a solas y ella se sintió como una entrometida que invadía su espacio. No había manera de que quisiera que alguien lo viera así.

Después de todo, era el Rey Calabaza y tenía una reputación que mantener.

Por supuesto, en ese instante no se parecía mucho al célebre rey de la fiesta. En realidad, parecía más un niño perdido. Era obvio que algo lo perturbaba esa noche, pero por más que lo intentaba, Sally no podía adivinar qué era.

Entonces, como si la hubiera escuchado, él comenzó a dar explicaciones. Las palabras brotaron de su boca como un canto. Por supuesto que estaba dirigiéndose a Zero, pero Sally no pudo evitar escucharlo todo, agachada detrás de la lápida e incapaz de moverse sin delatar su presencia.

«Deberías haberte dejado ver mientras tuviste oportunidad», pensó con remordimiento. «Ahora es demasiado tarde. Si te ve, pensará que lo escuchabas a escondidas».

Así que se quedó tan quieta como pudo, escuchando el lamento de Jack: oyó sus quejas sobre lo frustrado que se sentía, lo aburrido que estaba y cuánto anhelaba experimentar algo más.

—He hecho todo lo que quise —le dijo al perro fantasma, y Sally pudo detectar el dolor y la melancolía en su voz—. ¿Por qué me siento tan vacío por dentro?

«Sí, ¿por qué?». Sally sintió una inesperada punzada en el corazón mientras él seguía desahogando sus penas con el perrito fantasma. Nunca habría adivinado, ni en un millón de años, que alguien como Jack pudiera sentirse tan desconectado de su mundo como ella se sentía. Siempre había supuesto que la vida de él era perfecta y que tenía todo lo que podía haber deseado.

¿Todo eso había sido una ilusión? ¿Era un espectáculo tan irreal como el que presentaba en la plaza del pueblo todas las noches de Halloween? Al parecer, el verdadero Jack era más que una cabeza de calabaza encendida en llamas que debía ser adorada. El verdadero Jack sufría y, como ella, sentía pena. El verdadero Jack ansiaba algo más.

—Ay, Jack —susurró, inclinándose anhelante contra la lápida—. Sé cómo te sientes.

De pronto, sintió movimiento debajo de ella; la lápida se desmoronó bajo su peso y gritó sorprendida, trató de moverse, pero lo único que consiguió fue perder el equilibrio. Cayó estrepitosamente de su escondite y rodó hacia el espacio abierto.

¿Y qué pasó cuando logró levantar la vista?

Se encontró directamente con los ojos de Jack Esqueleton.